SOBRE LA EXISTENCIA CATALANA

POR

JUAN CASTELLA

Desde la guerra civil para acá no abundaron los estudios objetivos y serios acerca de la vida catalana. Era también difícil que así ocurriera. De pronto, el año de 1955 *dió un par de obras escritas, que si bien no van a inaugurar un período en otras del mismo tipo, cierran por lo menos un tiempo demasiado largo, durante el cual nuestros mejores intelectuales permanecieron callados. Me refiero a* «Noticia de Catalunya» (1), *de Jaime Vicéns Vives, catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona, y a* «Les formes de vida catalana» (2), *de José Ferrater Mora, profesor de filosofía en una universidad norteamericana. El hecho mismo de la aparición de estas dos obras reviste en Cataluña una excepcional importancia. Muchos catalanes agradecen a Vicéns Vives y a Ferrater Mora —cuyo prestigio intelectual y honestidad mental no aumentaría si yo les dedicara algunos adjetivos—ese esfuerzo por investigar los cauces exactos por los que transcurre la vida catalana, para llegar, en la medida de lo posible, a una definición de qué sea Cataluña y, en última instancia, para insistir en el acercamiento y en el diálogo ya previsto entre los varios pueblos de España. Es un esfuerzo que sabemos va acompañado de una actitud humana irreprochable y ejemplar, cosa que en* 1957 *no me parece nada desdeñable.*

1. El libro de Vicéns Vives.—«L'Empordà» *es el título de una sardana cuya letra compuso Maragall; canta el nacimiento del Ampurdán, de la tierra más noble y antigua por obra y gracia de la fusión entre el mar y la montaña, el pastor y la sirena:*

«A dalt de la muntanya hi ha un pastor;
a dintre de la mar hi ha una sirena:»

El poema hermosísimo de Maragall no era más que la explicación mitológica y poética de la aparición histórica del país catalán. Vicéns Vives cree que el mar y la montaña han sido dos mun-

(1) Vicéns Vives (Jaime): *Noticia de Catalunya*, ed. Selecta. Barcelona.
(2) Ferrater Mora (José): *Les formes de la vida catalana*, ed. Selecta, Barcelona, 1955.

dos diversos que se miraron con prevención en el transcurso de la historia y que sólo con el progreso en las comunicaciones y la industrialización de la montaña han llegado a la fusión casi completa. En la montaña se ha creado la mentalidad catalana y la actitud catalana, caracterizada por estas notas: espíritu trabajador, el «seny», continuidad, tradición familiar, la responsabilidad social. Antes ha dejado bien sentado cómo tampoco le faltan la tendencia al orgullo, al resentimiento y al sentimentalismo.

Las virtudes mencionadas no se acercan a las virtudes de los pueblos guerreros. Midiendo el mundo y la vida a través de la ideología determinista, de la ideología política y racial germánica, de acuerdo con el sentido antiburgués y anticristiano del pensamiento de Nietzsche, el mundo y los pueblos se nos aparecen como un juego de pura mecánica en que luchan los fuertes contra los débiles, los guerreros contra los campesinos, los nómadas contra los sedentarios. Quienes así piensan consideran que la «riqueza colectiva es—escribe Vicéns Vives—una señal inequívoca de haber perdido la alta virilidad creadora alabando la fuerza («L'alt braó») histórica de los hombres que plantaron las tiendas en el desierto. Nosotros creemos, por el contrario, que el acto de virilidad más grande de un pueblo es la conquista de la tierra que le alimenta». La historia universal es la historia de los sedentarios, no de los nómadas. Pero hasta hoy los historiadores de los pueblos sedentarios han escrito la apología de la gente de la estepa. Han confundido el sentido de la virilidad con los actos espasmódicos de la valentía guerrera, dejando en el olvido la tenacidad, la perseverancia y el sacrificio del hombre sedentario. El autor acaba afirmando la virilidad catalana en la exigencia colectiva por dominar la tierra, palanca esencial para saltar a progresivas realizaciones materiales y culturales.

«El elemento básico, indiscutible, de la sociedad histórica catalana no es el hombre, es la casa.»

Existe en el lenguaje catalán una expresión típica que alude a la casa, al hogar, a la familia y al propio linaje. Pretende expresar un sentido de continuidad. No se puede traducir exactamente al castellano por «casa de», ni coincide con la palabra francesa «chez», puesto que a estas dos últimas les falta esa vertiente, ese sentido de continuidad historicista. Esa típica expresión es la que en catalán decimos: «can».

Todos los catalanes tienen «no una familia cualquiera, surgida de las hojas del registro civil o de vínculos de parentesco accidenta-

les, sino nacida de la tierra misma... Esta fusión entre la casa y la familia ha sido promovida por el estrecho lazo del hombre con la tierra en las diversas colonizaciones del país». Sólo gracias al espíritu colonizador de la tierra catalana ha podido vencer los elementos disociadores procedentes de los distintos pueblos que atravesaron y que influyeron el territorio de la Marca Hispánica.

De ese sentido familiar procede la importancia y el papel protagonista del «hereu» en Cataluña, y el no menos decisivo papel de los segundones. El comercio y la industria catalana se crearon con el esfuerzo de los «fadristerns» (segundones) y de los «hereus» (herederos), que cuidaban de ellos desde la casa paterna o «masía». El trabajo une a las generaciones sucesivas. El trabajo es el eje de la continuidad catalana. Esta afirmación no es tan sólo una frase y el autor se apresura a mostrar en qué sentido se puede decir. «No una, sino varias veces en el transcurso de nuestra existencia hemos abandonado el arma de la causa perdida sustituyéndola por la herramienta del trabajo diario.» No se trata de un síntoma de impotencia, sino del replegamiento de los hombres hacia su refugio esencial: el trabajo, que entierra la decepción y abre el corazón a la esperanza.

Vicéns Vives llega casi a la afirmación de que el trabajo es el denominador común de las virtudes catalanas, pero en los párrafos siguientes subyace la idea del trabajo como denominador común de las características más que de las virtudes, y es por ahí, creo, por donde conviene ver la vida catalana.

Sobre el espíritu menestral elevóse el siglo XIX en Cataluña. La generación de menestrales infundió a las minorías dirigentes el espíritu de clase del que habían partido: la dedicación al trabajo, el culto a las virtudes económicas, el deslizamiento práctico de la vida y la limitación de horizontes generales. A la base de la sociedad catalana se hallaba una característica (a la que Vicéns llama su *virtud* más específica): el «seny», ese típico sentido de ponderación. «El uso de la herramienta de trabajo ha dado a los catalanes, a través de la menestralía, la capacidad de formarse un mundo a una justa medida.»

Al investigar cuál sea ese justo medio, «just milieu», *como gustan decir en Francia, Vicéns Vives dedicará muchas de las páginas próximas y ocupará terminantemente la atención de Ferrater Mora. ¿Es individualista el hombre catalán? El bagaje de preparación histórica y la percepción aguda de los hechos permite al profesor*

barcelonés contestar a esa pregunta y dar una razón convincente y sutil al formular una respuesta:

La difusión del individualismo burgués del siglo pasado encuentra un terreno preparado en Cataluña al coincidir con dos constantes históricas catalanas: una, psicológica: la casa; otra, sociológica: la herramienta, expresión del trabajo de la menestralía. Pero, al propio tiempo, el catalán manifestó una aptitud para las actuaciones colectivas y así cabe afirmar que comportándose de modo individualista en el trabajo es colectivista socialmente y que se acerca al mundo y a la vida con el uso de la herramienta, desde la propia casa y a través de la tradición corporativa (3).

Que el que escribe es un historiador se evidencia en la construcción de cada capítulo, en el modo de llevar a término las conclusiones. El libro de Ferrater Mora será, en cierta manera, un libro muy distinto; pero la unidad temática de ambos, y en algunos casos ideológica, quedará evidenciada con la lectura del ensayo del profesor de filosofía.

Al estudiar la actitud de los catalanes frente a esa institución llamada *Estado*, Vicéns muestra cómo los prohombres catalanes, ya desde antes del Renacimiento, se acostumbraron a verla como «una arte diabólica que convenía más bien combatir que dominar». Los historiadores románticos alabaron ese aspecto negativo de la burguesía medieval y acostumbraron a las generaciones presentes a pensar de igual forma que las del siglo XIII. Otro aspecto negativo fué un determinado orgullo social del que hizo gala. Defendiéndose con garantías contra la nobleza y contra el César, la burguesía no supo comprender la misión del Estado. Sin embargo, supo desarrollar la teoría pactista (relaciones entre Autoridad y Pueblo) y legar una definición exacta de Cataluña como realidad nacional, cosa que el feudalismo no supo hacer al no superar el pensamiento comarcal. La burguesía catalana intuyó el contenido que permanecía escondido en la palabra *nación*, su contenido moderno. A la burguesía, minoría dirigente durante cinco siglos, le debemos ese descubrimiento.

---

(3) El catalán es colectivista, efectivamente, y padece un ciudadanismo exaltado en el que parece resonar aún con voz propia el eco de la polis mediterránea. La ciudad-estado griega es, en primer término, el ágora, y en segundo término, la casa y la calle. La ciudad catalana es primeramente un hueco: la plaza. Cataluña se resiente de ese carácter de la ciudad mediterránea, de esa conciencia de estar formando parte de una *ciudad* distinta de las demás. Ortega lo ha señalado en *La rebelión de las masas*: «En cierto modo toda la costa mediterránea ha mostrado siempre una espontánea tendencia a este tipo estatal... y nuestro Levante osa en cuanto puede... el cantonalismo, que es un resabio de aquella milenaria inspiración.»

Lo que da a Cataluña un tono moderno es el ochocientos. Los hombres del siglo pasado nos legaron a los catalanes de hoy un tono europeo, tolerante y activo, y me parece que debemos agradecerlo. Los catalanes tendrán desde entonces *consciència d'ells mateixos* (conciencia de sí mismo) como parte diferenciada de la Sociedad Occidental. Esa generación creó los cauces por los que discurriría la generación de 1901, «mucho más expresiva—sigue Vicéns Vives— en sus inquietudes esenciales que la tan alabada del 1898 en Castilla».

El capítulo V dedica su atención al pactismo: concepción de que «el pacto con la soberanía ha de regular toda ordenación humana y política de la colectividad». En principio fué una experiencia vital que, nacida en la montaña, fué desarrollada en las grandes ciudades en los últimos siglos de la Edad Media. El pacto era una ley moral, era fidelidad y libertad. Por debajo de sus disputas acerca de cómo organizar la cosa pública, los carlistas y los liberales catalanes del siglo pasado coincidían en la exigencia de la realización de ese pacto. Tal mentalidad se convirtió en una concepción determinada del mundo que, para el autor, ha quedado inconmovible a través de las vicisitudes históricas de los dos últimos siglos. Si el pactismo constituyó una fórmula de soberanía colectiva fué la *delegación de poderes* el instrumento de realización del pacto.

Al final del capítulo que titula: «Imperio y libertad», de un interés sobre todo histórico, Vicéns Vives hace observar una actitud por la que el hombre catalán siente una irrefrenable tendencia. La observación es aguda y sincera:

«Los catalanes somos un tipo de hombres que reacciona frente al mundo con una cierta soberbia localista y con una total modestia universalista.» Existe entre nosotros una afección desorbitada hacia las cosas menudas que nos rodean, al propio tiempo que un cierto temor de manifestar nuestra manera de ser a los grupos humanos que se nos puedan acercar; ante los grandes problemas universales el catalán se siente un poco extraño, un poco distante y se refugia en la satisfacción que tiene de sí mismo, en el orgullo y la ceguera localista.

El profesor Vicéns pasará revista a las sucesivas revoluciones catalanas desde el siglo XV hasta 1936, y al término del libro, en las páginas quizá más sugestivas, intentará descubrir los factores psicológicos, intentará un análisis de la conducta y el sentido más exac-

to de los movimientos sociales y políticos, para llegar a un estudio de las actitudes vitales del catalán ante el mundo.

Algo que para los sociólogos constituye un motivo de preocupación es el anarquismo catalán. Uno de los pueblos donde la vertebración social es más fuertemente conservadora y hasta reaccionaria ha servido de plataforma a la experiencia anarquista más importante, a la única experiencia gubernamental de aquellos que repugnan cualquier coacción del aparato estatal. Esta paradoja termina preocupando a los sociólogos y a nosotros mismos. Pero se intenta en el libro darle una explicación, vista la génesis histórica de las revoluciones y teniendo en cuenta el impulso revolucionario. «La fuerza del anarquismo en Cataluña reposa, más que sobre el famoso individualismo psicológico hispánico, sobre el mito del movimiento revolucionario directo, sobre lo que podríamos llamar pronunciamiento obrero. La literatura anarquista del 1900 lo prueba con suficiencia.»

La burguesía catalana, luchando entre la reacción y la revolución, fué desarrollando una obra silenciosa en el terreno de la cosa pública, pero eficaz en el de la existencia cotidiana y también en la vida del espíritu. Desde principios de siglo se iba dibujando una nueva minoría dirigente. Pero las contingencias de la política general hispánica arrastraron los espíritus hacia posturas cada vez más extremas. Los conservadores perdieron el contacto con las masas populares y los radicales despreciaron la idea fundamental de unidad y de política para todo el pueblo. Los años de 1923-1930 ejercieron «una influencia decididamente nefasta. El grupo conservador renunció a su conformismo, mientras el radical acarició la idea de un intento revolucionario». Luego llegó un abril de 1931 y, finalmente, las posiciones revolucionarias de octubre de 1934 y julio de 1936. Una gran paradoja encontramos en la existencia catalán. Por una parte, somos trabajadores, constructivos, reposados, previsores, capaces de encontrar fórmulas adecuadas para el desarrollo de las relaciones privadas y públicas, escribe Vicéns. Pero de otra, esas cualidades quedan amortiguadas o inutilizadas por una mezcla de exasperación y de sentimentalismo, propicios a la demagogia; por tanto, aunque no se justifique por la demagogía misma, sino por nuestra predisposición subconsciente a las actividades airadas. Nuestro comportamiento histórico se nos aparece como una gran paradoja—«un retruc constant de virtuts y vicis, d'exaltacions i misèries, de seny i arrauxament»—.

Frente al «seny» (sensatez), el «enyor» (añoranza). El senti-

mentalismo es un refugio peligroso donde la sensibilidad catalana se muestra a veces con un tono extravagante e impensado; se pone de relieve con entusiasmos incomprensibles hacia las pequeñas cosas, y esto se observa desde el localismo ingenuo hasta el coleccionismo de estampas, desde el excursionismo hasta la pesca con caña. En definitiva, dominados por la tiranía del «seny», que exacerba el sentimentalismo, los catalanes pasamos de la actitud serena al alboroto casi sin darnos cuenta. «Somos así; pero quizá podríamos ser de otra manera.»

Termina el libro con una breve noticia del libro de Ferrater Mora, y deja abierto un diálogo sobre el tema.

2. LES FORMES DE LA VIDA CATALANA, de José Ferrater Mora.— *Cuando el profesor Vicéns Vives escribió «Noticia de Cataluña» manifiesta que desconocía el ensayo de Ferrater Mora, publicado por vez primera, en edición limitada, en 1944, en Chile. Una misma conciencia de generación anima a los dos profesores. «Las formes de la vida catalana» es el ensayo de un filósofo en el que se intenta analizar cuáles sean las instancias por las que discurre la vida en Cataluña; el análisis es sugestivo, profundo; con un estilo elegante se nos lleva hasta el descubrimiento de las tendencias generales de la vida de los catalanes: «continuïtat», «seny», «mesura», «ironia».*

Ferrater Mora escribe su ensayo en los instantes en que la existencia catalana parece olvidar su propia esencia y abocarse a todo lo contrario de lo que pueda justificarla: en los instantes en que, rota por el dolor su continuidad, pierde el «seny» y la «mesura», falta de «ironia». Se propone describir la existencia catalana, estudiando un tipo ideal al que cada catalán se aproxima sin llegar nunca.

El catalán es formalista y parece no poder vivir sin que las cosas que le rodean la muestren su perfil y figura. Cuando deja de vivir en tensión se inclina hacia ese formalismo que le mueve a despreciar de las cosas todo lo que no sea su fachada—«el català voreja sempre la fatuïtat i la fatxanderia».

Ferrater Mora combatirá la posibilidad de la actitud soberbia, peligro inmediato, pero que no tiene nada de legítimo. La soberbia es tan sólo una posibilidad, pero el puente que comunica posibilidad y realidad es aquí tan tenue que se pasa insensiblemente casi de una parte a otra; algunos catalanes han exaltado tan extremadamente su peculiar manera de ser que el reconocimiento de su propia realidad se ha transformado en el desprecio de la realidad ajena.

Hace una distinción entre existencia abierta y existencia cerrada—siguiendo a Bergson—, y escribe: «El vivir catalán es, como la sardana nos simboliza, aquella forma de ser que se abre y cierra continuamente, como si no pudiera detenerse un solo instante en cualquiera de aquellas dos formas fundamentales de la existencia.» El gran peligro de nuestra existencia es que, olvidando su humanísima vacilación entre el egoísmo y el sacrificio, escoja decididamente el primer camino. «La ausencia total de sacrificio anquilosa nuestro movimiento e impide lo que es esencia misma de la vida: la renovación perpetua.»

Existe, evidentemente, esa tendencia en Cataluña: a vivir la existencia como egoísmo, a reducir la vida a pura practicidad, a todo aquello menudo, cotidiano, utilitario y concreto, que pueda beneficiarme inmediatamente. Esta observación me parecía previa.

Aún hay otro móvil que transforma la vida abierta en vida cerrada y destruye la generosidad y el sacrificio: es el resentimiento—«destruye la raíz de la existencia y reseca la savia de la vida»—. No cabe confundir el resentimiento con un simple afán de venganza, ni con lo que es ciertamente valoración negativa, pero, al fin y al cabo, valoración: el odio. El resentimiento no valora porque está en una región distinta e indiferente. Del resentimiento se pasa fácilmente a la soberbia; una y otra casi se confunden. La soberbia puede ser también el resultado mismo del resentimiento. La soberbia es una deshumanización que vacía al hombre no sólo de su humanidad, sino también de su animalidad. El soberbio no sólo se contamina a sí mismo con su veneno, sino que contamina a todos con el aliento.

Ferrater Mora señala que si ha trazado de modo tan sombrío la actitud soberbia ha sido, «sobre todo, para señalar a los catalanes que la conciencia de sus magníficas cualidades lo ha de ser todo menos la posibilidad de desvirtuarlas». El peligro de la soberbia es un peligro que el catalán, como todo hombre, bordea constantemente.

Me detengo a resumir extensamente el prefacio. Es porque allí se contienen muchas ideas que el catalán debiera meditar con alguna frecuencia, justamente cuando intente vivir como «home assenyat», esto es, tal como una persona moderada y justa, con ese sentido de la justicia que nos viene de Aristóteles.

La «continuïtat» es una de las formas de la vida catalana que, como las tres restantes, implica a las cuatro juntas. Lo que las hará típicas del vivir catalán no será su posesión, sino la tendencia

a acentuar ciertos caracteres. Las formas de vida que más han influído sobre la existencia catalana son: la hispánica, la mediterránea y la europea. La concurrencia de estas tres influencias no la aplican, sin embargo. Siguiendo una línea filosófica vitalista, Ferrater Mora escribirá que la vida catalana, «como toda vida, no es nunca producto de causas, sino absoluta y radical originalidad». No es sencillo explicar la actitud catalana ante el pasado y el futuro; en todo caso, está claro que la continuidad nos podrá desvelar, en parte, el secreto de esa actitud. Se trata de una continuidad que no evoluciona pausadamente. Tiene que ver más bien con un desconcertante cambio brusco. Pero tal mutación súbita, transcurrido el primer momento de sorpresa, hallándose desligada del pasado y del futuro, no se incorpora nunca definitivamente a la vida (4).

La continuidad catalana es más europea que hispánica. «El mundo hispánico, siempre que le consideremos de una manera auténtica, es, en efecto, un mundo donde la historia y cada uno de los momentos de la historia no parecen nunca indispensables.» Es una permanencia, la hispánica, distinta de la permanencia histórica (que consiste en una acumulación de experiencias) y que se sitúa fuera de la historia. Por el contrario, para el europeo, hacer historia es crear nuevas posibilidades, antes que mantener un alma eterna. «La sabiduría de Europa es, como la sabiduría de que nos habla Spinoza, no una meditación sobre la muerte, sino una meditación sobre la vida.» Cataluña suele revelar la continuidad europea antes que la hispánica. «El respeto que tiene el catalán hacia su historia significa primordialmente el respeto hacia todo lo que puede iluminar su existencia.» El autor cree que tal respeto a la historia propia y a las tradiciones, más que una curiosidad arqueológica es una manera colectiva de vivir—ésta me parece una *pretensión* colectiva—. *Pero lo que cada catalán, individualmente, consigue en realidad creo que es una dedicación al pasado antes que un conocimiento que se incorpora a la vida presente* (5).

---

(4) Angel Guimerá cantó en una de las más bellas sardanas que se han escrito ese sentimiento íntimo que posibilita la continuidad de la existencia catalana: la comunión con el pasado que alimenta la existencia de hoy:

«I canta a dintre la terra
lo passat jamai passat...»

(5) El pasado sin haber pasado está ahí. El hombre se hace en cada instante protagonista de su propia tradición y vive no teniendo un programa para mañana, sino gracias a haberlo tenido en el pasado. «Tradición quiere decir enseñanza, transmisión de conocimientos; y si el saber no ocupa lugar ¿no es una verdadera temeridad despreciar la enseñanza de los padres o antepasados?

Esta afirmación queda matizada por la siguiente: «si fuera una simple protesta, la historia podría ser, en lugar de una manifestación de plenitud creadora, la consecuencia de un resentimiento».

Se investigan las razones de la dedicación al trabajo, del individualismo, del utilitarismo. El catalán trabaja para no tener que depender de los demás; es un método para que cada uno pueda hacer sentir su propia voz; es una manera de hacerse respetar. El trabajo en Cataluña tiene aún otra característica: su individualidad. La iniciativa individual se revela, sobre todo, en aquel deseo de perfeccionar y redondear la obra. En ninguna otra parte que en la conciencia parece más arraigada la continuidad. La embriaguez, que en otros grupos humanos conduce a balbuceos inhábiles o bien a intuiciones geniales, destruye la propia vida del hombre catalán, que entre los dos extremos peligrosos prefiere mantenerse con «seny», con justa medida, en el centro de las cosas. La conciencia se revela así como serenidad de conciencia.

El «seny». El hombre que posee «seny» es aquel que no renuncia ni a la salvación final del espíritu ni a la experiencia sensible y que pretende establecer entre las dos tendencias una integración. El catalán rehusa constantemente la opción entre la actitud fáustica o la actitud puritana. Por eso el «seny» se parece bastante al justo medio. El «seny» es una manera de ser en la que parece eliminarse tanto la excesiva ingenuidad como la excesiva malicia; es un saber que rehusa igualmente la comprensión puramente intelectual que la visión sensible. Lo que no admite el catalán es la «fórmula sin contenido, el espíritu sin cuerpo... no puede concebir nada sin una forma que lo sustente y perfile». La inteligencia que posee el hombre con «seny» está desprovista del racionalismo frío que se obtiene en el trato con los conceptos, y se aparta tanto de la orgía romántica como de la sequedad geométrica. El «seny» es, por tanto, una experiencia que razona sobre sí misma, sobre su validez y sentido. Cataluña ha mantenido el concepto mundano de la filosofía. Desde esta vertiente mundana

---

Una generación enseña a otra generación; la experiencia de los antepasados instruye a los presentes, porque la experiencia es madre de la ciencia y no hay caudal de ideas más exactas, puras y fecundas. Cuando una idea cunde, una costumbre o una institución es perpetua en un país y es querida por la mayoría, siendo solamente contrariada por la gente frívola, amiga irreflexiva de novedades o que se atribuye el nombre de sabia, tened por seguro que hay una verdadera relación de naturaleza entre el país y la institución y que quererla abolir es una locura», esto escribía en 1913 un hombre al que aún hoy buena parte de catalanes aprecian como filósofo y, desde luego, como ilustre antepasado: el obispo de Vich, Torres y Bages. La cita pertenece a una obra titulada *La tradictio Catalana,* ed. Ibérica, Barcelona, 1913.

el filósofo es aún el hombre que, por su propio y personal esfuerzo, careciendo de una enseñanza sistemática y objetiva, ha conseguido un saber acerca del mundo, de la vida y de los hombres. En este sentido puede decirse que el «seny» conduce a la filosofía y que es el principio de toda filosofía. No sólo es un conocimiento, pero también una moral. «El ideal del «seny» es perseguir lo que es justo, conveniente y correcto, a pesar de que esta persecución sea en algunos instantes la acción más insensata que se pueda imaginar.»

Pero tal como se manifiesta el «seny» en la existencia catalana, no parece un método, sino una actitud final que llega a ser monótona, contenida, reprimida y mediocre, en la que la sensación, el genio y el deseo se hallan medidos, enmarcados y como reclusos en una cárcel perfecta.

La «mesura» es el límite que el catalán encuentra en todas partes, la frontera mediante la cual su conducta podrá poseer aquello que le dará un sentido: el perfil. El mundo mediterráneo ha sido el mundo clásico de la medida, mesura. El mundo caracterizado por la presencia de un canon. El hombre mesurado es el que busca la justificación de todo lo que le parece justificable.

«El catalán tiene una irreprimible predilección por las realidades concretas.» De ahí que la forma plástica se haya cultivado, entre las distintas formas del arte, con más insistencia. Lo que sobre todo inquieta al catalán artista es la expresión, la figura concreta. Las obras de arte son así el resultado de una técnica, pero llevada hasta el extremo; hay el deseo (del que también habla en su obra Vicéns Vives) de redondear la obra hecha. «Los catalanes no son un pueblo de industriales, sino de menestrales, es decir, hombres que persiguen constantemente el punto medio, equilibrado y justo entre el arte y la industria, entre la realidad concreta y la realidad abstracta...»

Esa típica sequedad del carácter catalán proviene, asimismo, del resultado de una tendencia a la armonía, de una lucha contra toda realidad desmesurada y extremada.

A la base de la mesura se encuentran la objetividad y la eficacia. La vida que se orienta hacia el justo medio no es un eclecticismo que aísla lo mejor de cada cosa. Es mejor una elección en la que hay, larvadamente, una consciente renuncia. La danza de la sardana es una oscilación perpetua: es un símbolo de la armonía catalana y «un movimiento en donde la subordinación no es nunca una esclavitud, donde la libertad no llega a ser nunca

anarquía: ... no quiere soledad, sino independencia. No quiere colectividad, sino compañía. No es un monólogo solitario ni un corazón enfurecido; es simple, fecundo, interminable diálogo. La desconocida divinidad que adora desde el fondo de los siglos tiene un nombre: es la Mesura».

La «ironia», antes que una manera de ocultar lo que quiere decirse, consiste en un cierto modo de hacerlo patente. Pero es, también, adoptar aquella postura que Eugenio d'Ors llamaba «creencia a medias». Efectivamente, cuando ironizamos dejamos de creer totalmente en la cosa sobre la cual se ironiza. Dejamos de creer no en su verdad, pero sí en su verdad absoluta. Ironizamos cuando nos cerca la desesperación. La ironía y la acción son el método que llena el vacío insoportable de nuestra existencia, y significa, entre otras muchas cosas, la posibilidad de mantenerse separado, de mantener el dominio sobre sí mismo, un modo que posee el catalán de conservar su individualidad, su personalidad. Pero puede que la ironía no llegue a frenar la fuerza de la desesperación; la ironía entonces es romántica, aliada de la confusión y de la amargura; su resultado inevitable es el cinismo, el utilitarismo.

Otra ironía, surgida asimismo de la crisis, intenta ultrapasarla. Es la ironía reveladora que redondea «las aristas lacerantes de las cosas, aligera la pesadez de los acontecimientos, descubre el carácter irremediablemente presuntuoso de todo ciego fanatismo».

El ensayo acaba con una reflexión acerca de la utilidad del análisis que queda hecho; las cuatro formas de la vida catalana son inseparables de la existencia misma, pero a la que jamás se llegará a comprender perfectamente. Porque, a pesar de nuestros esfuerzos, la realidad última de la vida permanecerá siempre abierta a cualquier posible nueva interpretación.

Juan Castellá Gassol.
Narváez, 71, 3.º
MADRID